

Argentina: la oposición entra al escenario

Los resultados de las últimas elecciones en Argentina han traído como correlato lógico un cambio bastante sensible en el posicionamiento de los principales actores políticos. El equilibrio de fuerzas y apoyos que tenían los diversos partidos que forman el sistema partidario argentino, ha tenido un cambio sustancial en los últimos tres meses.

— Escribe Pablo Ney Ferreira — (político)

El escenario político argentino hace apenas unos pocos meses estaba dibujado según lo que siempre fue la aspiración hegemónica del peronismo. El peronismo nunca fue pensado para ser un partido de alternancia, un partido que sea uno más en un sistema de partidos donde varios sujetos políticos se disputaran el voto popular sin aspiraciones de constituirse en un partido dominante.

El Movimiento Nacional Justicialista siempre fue un agrupamiento con vocación hegemónica. Con una estructura política impresionante y un gran potencial movilizador donde coexistían una rama juvenil, una rama femenina y una impresionante estructura sindical, el peronismo dirigió durante décadas las aspiraciones de las mayorías populares.

Totalmente cambiado por el presidente Menem, el peronismo es hoy un partido que sería irreconocible para su propio fundador si pudiera verlo, y donde sus dirigentes y militantes no saben bien qué es lo que pasa.

Hace sólo unos meses el presidente Menem encabezaba un gobierno que poseía una mayoría importante en las dos cámaras y que, lo que aún es más importante, carecía de oposición.

La oposición no existía, o no tenía fuerza para enfrentar al gobierno con una mínima chance de éxito. Los esfuerzos de radicales y frepistas, las dos fuerzas significativas de la oposición argentina, naufragaban en su propia incapacidad de conformar algo que se pareciera a un proyecto político que pudiera siquiera inquietar a Menem.

Indudablemente el resultado de las últimas elecciones favorece el funcionamiento y la estabilidad del sistema político argentino, contrariamente a lo que sostenía el menemismo, el que ponía las opciones en términos algo trágicos, mostrando las alternativas como "yo o el caos".

Las instituciones se ven fortalecidas al poder visualizar los electores, los inversores y todo el orbe, a un sistema político con capacidad de recambio y con una dinámica funcional que produce alternativas válidas.

Una cosa interesante sería preguntarse si la Alianza es realmente una opción de gobierno. Esto es todavía difícil de saber, sólo posee este nuevo agrupamiento algunos meses de creación y son pocos los proyectos que se pueden afianzar en tan poco tiempo. Lo que une a la Alianza en primer lugar es la incapacidad de sus integrantes para enfrentar electoralmente por separado al justicialismo. Luego hay algunos temas comunes como por ejemplo la corrupción, un cierto reparto equitativo de la riqueza, una Justicia independiente, pero poco más que eso.

No hay que engañarse, el justicialismo no está destruido ni nada que se le

parezca; continúa siendo el partido electoralmente más grande. No tengo la menor duda que si la Alianza no hubiera sido conformada, el resultado electoral hubiera sido otro.

La Alianza es por el momento un experimento exitoso en materia de coaliciones políticas, lo que ayuda a una lógica de la cooperación y de negociación de gran valor para la consolidación de espacios de convergencia en sociedades políticamente fragmentadas. Y es una novedad en materia coalicional, ya que las experiencias de Frentes o coaliciones significativas fueron realizadas por un partido con vocación hegemónica y socios menores. En este caso dos partidos de similar talla se coalicionan en busca de constituirse en una alternativa a Menem. De su equilibrio interno depende en gran medida el éxito de su gestión como oposición y como alternativa creíble y posible.

Pero lo más importante de el resultado electoral es que la oposición hizo su aparición en la arena política, lo que provoca grandes cambios en la forma de generar acciones políticas.

La importancia de la oposición (como ya lo he sostenido en otra nota) en el funcionamiento de un sistema político democrático es tan importante como el rol del gobierno. De ella dependen entre otras cosas los necesarios controles que hacen al juego democrático, la visibilidad de un posible recambio del personal de gobierno, la capacidad de la oposición de articular apoyos y sanciones al elenco gobernante, la elaboración de programas alternativos que posibiliten la necesaria y equilibrante oscilación pendular de las ideologías en el gobierno, etcétera.

Todo esto comienza a vislumbrarse en una Argentina que todavía esta generando aprendizajes políticos sucesivos que le permitan desterrar de una vez por todas esa cultura política autoritaria, fruto de un siglo de inestabilidades y cambios que generaban lógicas políticas siempre opuestas.

No hay ningún sistema político que sobreviva a una inestabilidad política permanente, o a un cambio de las reglas de juego periódicas.

El funcionamiento institucional se nutre de rutinas que deben poseer cierto grado de previsibilidad y de funcionamiento que no cambien con cada gobierno.

Hoy, la oposición no cuestiona ni la estabilidad monetaria, ni todos los logros que el gobierno menemista ha posibilitado. Los integrantes de la Alianza insisten en promesas de aliviar el desempleo, distribuir mejor la riqueza, de erradicar la corrupción y de construir una institucionalidad más elaborada, más aceptada, donde el funcionamiento del sistema político y sus producciones sea más legítimo.

Esto es bastante difícil de cons-

truir desde el justicialismo dada su innata y permanente vocación hegemónica, esto es lo que no le permite relativizar su función en la sociedad argentina y posicionarse como un partido más.

Otro dato interesante es la elección que realizó el polémico ex ministro Cavallo, artífice del plan económico del cual se vanagloria el justicialismo. El economista armó un partido (Acción para la República) en poco tiempo y logró situarse como una opción electoral importante en la Capital Federal, donde casi desplaza al motonauta Scioli a un tercer lugar. Scioli, pese a todo, no realizó un mal papel llevando al peronismo de capital federal a un honroso segundo puesto, y con un caudal de votos superior al que por lo menos yo le asignaba previamente.

Menem va a tener que procesar esta victoria de la Alianza con suma cautela. Su delfín, Duhalde, ha caído derrotado en un bastión inexpugnable del justicialismo (la provincia de Buenos Aires), lo cual puede hacer tambalear sus aspiraciones presidenciales. Todos los demás candidatos que puedo imaginarme (Ortega, Reutemann) son bastante peores que Duhalde (en el sentido de su potencialidad como atractivo para los electores).

La sociedad le ha dado un llamado de atención y ha decidido respaldar a la oposición, creando una opción alternativa que no existía hace poco. El escenario cambia y mucho para el presidente, quien también perdió la mayoría en Di-



Ilustración ALEJANDRO SAENZ

putados tornando más dificultosa la tarea de gobierno.

El menemismo culminó con la tradicional forma de hacer política del justicialismo. Actos masivos, sindicatos, un estado de bienestar tremendo, son sólo datos históricos que fueron sustituidos en la práctica por una imagen frívola que poco hace a la seriedad y austeridad de las prácticas republicanas.

La democracia argentina y su sistema político ejerció y mostró su musculatura, que a esta altura (y más tratándose de la Argentina) es bastante considerable. El mundo pudo observar cómo en la otrora tierra de la inestabilidad política, un sistema democrático ejercita su salud con resultados que hacen prever un positivo futuro. La Alianza pasa a tener un protagonismo que debe asumir con la responsabilidad que el electorado le solicita; muchas cosas dependen de su suerte y de su capacidad para generar las opciones que prometió.

La oposición pidió cartas, veremos entonces cómo las hace valer ahora que tiene que jugar en un escenario difícil, donde el justicialismo no se va a dejar ganar la partida con facilidad.